

MISIVAS

“Hola, Raquel. Te redacto esta misiva después de esperar por más de seis meses la respuesta de tu madre a mí última carta. Atrás quedaron otras siete, tan huérfanas de esas caricias de respuestas, de ese acunado y mecido que ella siempre ha sabido darle. Ya sabrás, muchos años las dos sin vernos y sin embargo más de trescientos envíos postales de la una a la otra, desde que de joven marché del pueblo. Y han sido mes a mes, con la puntualidad que el servicio postal permitió y esta insistencia que hemos mantenido con el correo escrito a mano y enviado con el sello pegado gracias al roce húmedo con los labios, obviando las nuevas tecnologías ¡Hemos compartido tantas cosas buenas, tantas alegrías e intimidades! Me temo que en algún momento algo mío le haya podido molestar. Igual he presumido tontamente de estas frivolidades con las que nos dejamos embaucar. Igual algún comentario lleno de ironía le pareció una afirmación rotunda o una mofa con el filo hiriente de una daga en manos del rencor. No sé, no me lo explico, por más que he repasado obsesivamente nuestra correspondencia. Por más que me atormento, no hallo respuesta a esta duda.

Raquel, debes estar ya en la universidad ¡Qué gracia tu evolución de bebé, en las fotografías que me envió! ¿Y cuando terminaste la educación infantil y en la fiesta te hicieron un retrato con ese birrete del que presumías – pícara y a un mismo tiempo tierna la sonrisa tuya- como el licenciado Vidriera? Igual te molesta que te conozca tan bien, siendo yo una desconocida para ti. Pero estoy segura que tu madre te habrá hablado de mí y de esa infancia que compartimos con el juego de la rayuela y los miedos por internarnos en los eras cuando oscurecía, por creer que podíamos encontrarnos con uno de esos espíritus malignos de los que oíamos hablar a las ancianas. ¿Y del temor hacia doña Pepita, esa maestra sin corazón y con una implacable palmeta de roble acechando, como si las niñas tuviésemos que espiar sus culpas?

Pero no quiero desviarme mucho de la razón de este escrito, no pretendo aburrirte demasiado con esta manera mía de redacción epistolar que parece sacada del arcón de las palabras o los sentimientos más antediluvianos. Simplemente deseo que medies entre tu madre y yo para que sepa perdonarme. Quiero que acepte de una vez la invitación a mi casa. Deseo verla en persona y a ese maravilloso marido que tiene porque tener un marido o un padre así de atento, servicial y de buen humor, siempre resolviendo los problemas de casa, cargando con el peso de las responsabilidades, es tener el mejor de los pilares que pueden sustentar la vida en matrimonio.

Ruego que sepas perdonar mi atrevimiento pero a falta de no saber contactar con tu padre, he recurrido a ti. Raquel, preciso que se despejen los oscuros nubarrones de la duda que es este cielo mío: mi yo tan pueril como existencial, que amenaza tormenta con rayos y granizos, la que supone imaginar que he perdido la amistad de tu madre por siempre”

Releer este escrito obsesivamente, al igual que otros tantos, de los que siempre guardó una copia, ofuscó a Charo. Sentía que había perdido la amistad de su gran amiga y referente Ana Osorio. Fueron tantas las veces que se sintió consolada por ella en las misivas que se intercambiaban y muchas más las que ganó fuerza y valor para continuar viviendo, que ahora era como la niña llorosa e indefensa que perdía de vista a su madre entre una gran multitud. Quería encontrar una explicación a esta caída en desgracia pero después de cinco meses, ni siquiera Raquel le envió respuesta ¿En qué saco roto terminaron cayendo tantas palabras y mensajes? ¿Dónde quedó enterrado eso que decía Ana?: “La tirria es para las que no gozan

de inteligencia para vivir ni cultura para poder amar” Amar era una cultura y un arte para Ana

Charo sintió rabia, una ira ciega que no quiso contener. Por eso, en un momento determinado comenzó a despedazar todas las cartas: había sido demasiado estúpida creyendo en esa amistad y tuvo la necesidad de romper de una vez el cordón umbilical que la unía con Ana.

Aquel mismo día cuando anochecía un vecino le llamó a la puerta.

- Charo, en mi buzón había una carta para usted. No sé desde cuándo porque me he ausentado por más de cuatro meses. Espero que no sea muy importante

El remite de la carta era de Raquel. Una hora más tarde Charo empleó con calma el abrecartas plateado – tenía una colección de ellos- y tras respirar profundo la leyó con toda la calma posible.

“Hola Charo. Hoy martes le envió la respuesta a la epístola – yo también soy antediluviana-- que recibí de usted el viernes pasado y espero que para el próximo jueves le haya llegado. Agradezco enormemente haber recibido su correspondencia y permítame considerarla como una amiga, seguramente mi mejor amiga.

Perdone usted mi tardanza pero he precisado rebuscar entre las cosas de mi madre para descubrir, liadas en un paño, la multitud de escritos que intercambié contigo. Mi madre, Ana Osorio, la gran Ana que usted conoció, la gran madre que sacó adelante a sus tres hijos y ese “magnífico” marido, mi padre junto al cual vivió, creo que habrá sabido guiarme en estas líneas porque realmente, mi madre no fue la feliz mujer que le hizo creer. Su matrimonio fue tortuoso, siempre engañada, vilipendiada, rebajada, golpeada y marginada por un hombre, mi nefasto padre, que solo entendía la dominación como forma de conservar el matrimonio. El mismo que le obligó a no visitar a mi abuela o que consiguió con el tiempo que toda nuestra familia se desvinculara de nosotros, gracias a las mentiras insidiosas que generaban sus ridículos celos y la falta de inteligencia. Este hombre terminó por sesgarle la vida.

A veces se necesita tiempo para recapacitar y comprender las cosas. Ahora se, sin que quepa duda alguna, que estas misivas que he leído entre vosotras fueron para ella un mundo paralelo o tal vez su verdadero mundo, en el que debió vivir todo el tiempo. Y pienso que su muerte fue una liberación de la pesadilla que sufrió y que al despertar de la pesadilla está con nosotras, en estas cartas donde se hacen realidades aquello que debió cumplirse para una persona tan noble, justa y luchadora como ella. Por ello te ruego que este manantial de palabras escritas, retenidas por el sangriento crimen y mi ignorancia, vuelva a fluir impetuoso. Nunca perderé a mi madre mientras que podamos continuar dándole vida así.

Un millón de gracias, Charo. Sin duda alguna fuiste el cimiento donde apoyó el edificio de todo su ser mi madre, para mi este edificio fue una verdadera catedral”

Tres lágrimas de Charo mancharon la carta. Lágrimas ácidas, guiadas por el destino, que hicieron diana en aquellas palabras que no quería volver a leer. Tras enjugarse las otras que recorrían sus mejillas, dispuestas a precipitar toda la pena, Charo pensó que había sido muy boba porque sabía que la perseverancia casi siempre traía las soluciones a los problemas. Sonrió para vencerse así misma y se dispuso a escribir pero antes tenía que recomponer y unir todas las misivas que yacían mutiladas en la papelera.